



Isabela Figueiredo
Cuaderno de memorias
coloniales

Traducción de Antonio Jiménez Morato



«Escribí este libro porque sentía que nadie hablaba de ello. Y contar la historia de mi padre era contar la historia de los portugueses. Porque él no era diferente». En Mozambique, a principios de los años setenta, una niña de padres portugueses empieza a descubrir el mundo de los adultos mientras es testigo de las injusticias que la rodean. Isabela Figueiredo relata en estas excepcionales memorias su paso de la infancia a la adolescencia en Lourenço Marques —la actual Maputo—, la compleja relación con su padre y su marcha a Portugal durante la convulsa etapa de descolonización. La autora revela sin tapujos la violencia y el racismo feroz y normalizado y, ya en Portugal, el peso que le supondría su condición de «retornada».

Publicada en 2009, la honestidad y fuerza de esta obra, que desmontaba cualquier imagen edulcorada del pasado colonial portugués más reciente, provocó admiración y polémica y, con el tiempo, se ha convertido en uno de los libros más relevantes de la literatura portuguesa de este siglo. Con una escritura transparente, lírica e intensa, la hondura literaria del *Cuaderno* golpea al lector en estas páginas que trascienden su valor testimonial para constituir, por encima de todo, una hermosa reflexión sobre el amor filial, turbulento e indestructible.

Palabras previas

A un hombre del pasado

*¿Estos son los tiempos futuros que temía
tu corazón ya marchitado bajo piedras,
qué puedes temer ahora tan adentro,
donde no llegan aflicciones ni palabras ás-
peras?*

*Descendiste dando un paseo; al final era
todo tan inevitable como lo demás.*

*Te giraste hacia el otro lado y desaparecie-
ron
de tu vida los buenos y los malos momen-
tos.*

Tú aún tenías esa puerta a mano.

*(Apuesto que la cruzaste con una desde-
ñosa venia).*

*Ahora ya no es posible morir o,
por lo menos, ya no basta con cerrar los
ojos.*

MANUEL ANTÓNIO PINA, de *Ningún sitio*

En el principio yo era de carne y estaba en la tierra. Así empezó todo. No pensaba en mí ni como niña ni como blanca ni como rica ni como pobre. No lo pensé porque no era necesario. Yo era de carne y estaba en la tierra.

Miraba, escuchaba a mi alrededor y, sin intención ni premeditación alguna, me formaba juicios intuitivos sobre el bien y el mal. Pensaba con el pecho, porque ese es el lugar del cuerpo con el que se piensa al principio y al final.

Sabía que era una pequeña persona de carne, y no un animal, porque a mí no me podían matar para comer. No era adulta. No tenía ganas de serlo.

Observaba el mundo en el que vivía, escuchaba las palabras, con hambre de comprender y entender. Lo observaba para aprender la mecánica de las personas. ¿Qué decían y hacían? ¿Por qué? ¿A qué le daban importancia?

No tenía con quién hablar sobre las cosas que me interpelaban, concretamente las que juntaban y separaban a un ser humano de otro. No existía ni ese lenguaje ni ese discurso. Nadie era capaz de explicármelo.

Por no haber comprendido. Ahí comenzó todo.

Es más fácil olvidar. Siempre.

La paradoja reside en el hecho de que solo se supera el impacto de una vivencia desenterrándola, revolviendo entre sus restos. El tiempo silencioso tan solo se abstiene de hacer ruido.

Es también más fácil construir lo que aceptamos recordar. Esa narración se vuelve realidad, la única en que creemos y que defendemos.

La Historia se enfrenta siempre a ese gran obstáculo, que deben superar los investigadores: el silencio sobre lo que se calló o se prefirió esconder a conciencia. Sobre lo que no es honroso. La basura se hace desaparecer, los cadáveres se emparedan y todo deja de existir. No vimos, no sabemos, nunca oímos hablar, no nos enteramos de nada.

Tras la publicación de *Cuaderno de memorias coloniales*, en 2009, muchos hijos y nietos de retornados me decían que sus familiares no hablaban de estos temas fuera de casa, e incluso en el ámbito doméstico, consideraban que eran asuntos delicados.

Mi perplejidad, antes y después del *Cuaderno*, sigue atrapada en el mismo punto de la «intriga poscolonial»: si todos vivimos lo mismo, en el mismo lugar y en la misma época, ¿cómo puede ser que yo haya visto y sentido lo que se les escapó a los otros? ¿Fue una elección mía, intencionada, el recordarlo?

Cuaderno de memorias coloniales relata la historia de una niña camino de la adolescencia que vivió esa etapa de su vida durante el periodo tumultuoso del final del Imperio colonial portugués. El escenario es la ciudad de Lourenço Marques, hoy Maputo, espacio en el cual se mueven los dos personajes enfrentados: padre e hija, símbolos de un poder viejo y otro nuevo; de un viejo mundo que llegó a su fin enfrentado a una nueva era que despunta y exige explicaciones. La guerra de los mundos en 1970.

Pero el *Cuaderno* trasciende las cuestiones sobre el poder colonial, racial, social y de género, transformándose, también, en una narración de amor filial turbulento e indestructible. Sigue el camino iniciático y sensual de la niña que descubre su cuerpo y los de los demás. Es una historia de pérdida, en la cual una muchacha —cuya trayectoria autónoma se adivina— siente y muestra la necesidad de desarrollar la máxima resistencia posible, de crecer deprisa, para garantizar la supervivencia, puesta a prueba al atravesar la realidad hostil de la colonización y de la descolonización, primero en Mozambique, después en Portugal, a donde la envían sola.

Estamos ante la construcción de una identidad nacional indefinida, desterritorializada, dentro del dominio de los exilios y destierros.

A lo largo de los capítulos del *Cuaderno* la niña traslada a nuestro tiempo fragmentos de voces que resuenan desde otra época, como si un transistor pudiese viajar en el tiempo para emitir una polifonía de sonidos del pasado.

Dichas voces fueron recibidas unas veces mal y otras bien, dependiendo del receptor, como era de esperar. Este

libro sobre la vida de la minoría blanca en Lourenço Marques generó polémica cuando se publicó en 2009, y no fue del agrado de un sector nostálgico de los retornados, incluso entre aquellos que vivieron hasta cierto punto la discriminación en sus propias carnes. Me refiero, por ejemplo, a los jefes mestizos de la administración colonial, originarios de la India y Goa, que en la colonia se beneficiaban de un estatuto superior, más «blanqueado». Toda esa gente, cortada por el mismo patrón del que salió mi padre —la política del Estado-Novo—,^[1] pasó a formar parte del contingente de retornados que la metrópoli comenzó a recibir desde 1974, aunque su llegada se produjo sobre todo a partir de las independencias, en 1975 y 1976.

Las críticas que intentaron desacreditar al *Cuaderno* se fundamentaron en argumentos relacionados con mi tierna edad en el momento de los hechos y mi desconocimiento, mi extracción social, deducida del hecho de haber vivido en Alto Maé y Matola^[2], lugares poblados por blancos menos instruidos.

Nada de aquello me afectó y continuó viviendo en absoluta paz con lo que escribí.

La obra fue muy bien recibida por la crítica, el ámbito académico y los lectores en general. Alcanzó las cinco ediciones en Portugal y se lee y estudia en el mundo entero. Cambió mi vida, trayéndome amistades, experiencias y ratificaciones, a millares, además de llevarme a lugares donde nunca pensé que iría. De repente, comenzaron a abordarme de modo conmovedor desconocidos, como si de una catarsis colectiva se tratase. «Yo viví esto». «Yo hice eso». «Mis padres decían aquello». «Yo sé perfectamente lo que sentí cuando...».

El *Cuaderno* tiene vida propia, quien lo lee lo reconoce, como si de repente se abriese una ventana y el viento trajese intacto el ambiente del pasado, descongelado, entero y auténtico, con sus ruidos, colores y olores; pero el *Cuaderno* también usa la ficción para contar la verdad, que es

otra gran paradoja de la literatura. Puede esperarse que los hechos relatados correspondan a lo que fue presenciado, vivido y sentido, pero no que sean un relato literal exento de labor literaria.

En conferencias, mesas redondas y entrevistas me he visto enfrentada, en varias ocasiones, con un «deseo colectivo» más o menos consciente de circunscribirse a las acciones del personaje de mi padre con los negros, singularizándolo, encajándolo en un grupo de individuos con menor formación y de extracción social más baja, que no corresponden al estereotipo ya definido por el discurso vigente sobre la élite colonial de la provincia de Mozambique.

En torno a mi padre, persona responsable directa o indirectamente de mi formación, educación, de lo que soy y llegué a ser, y acaso precisamente por eso mismo, debo aclarar un aspecto que no puede ser ignorado en lo que respecta a cómo discurría la vida en la colonia.

Mientras mi padre negociaba con los negros para que las instalaciones eléctricas de las casas de los blancos, de primera y de segunda, estuviesen listas en tiempo y modo, estos aprovechaban los días australes de la Perla del Índico y dejaban una moneda como propina al negro de la Baixa que les lustraba los zapatos, uno de tantos, igual que a mi padre.

El trabajo del electricista en Matola y del campesino en Infulene eran fundamentales para que la ciudad funcionase, porque al blanco le resultaba desagradable ensuciarse las manos, ya que «la peste de los negros era hedionda».

Era muy conveniente, por eso, que mi padre se levantara de madrugada para arrancarlos de la choza o para ir a buscarlos a la carretera, porque alguien tenía que hacerlo y no iba a ser el blanco de primera, con sus manos de administrativo con las que recibía en el Banco Nacional Ultramarino el rendimiento que generaba el trabajo del negro, para provecho de un sistema del que todos hipócritamente de-

pendían, que sustentaban y con el cual pactaban, aceptando el orden de las cosas sin cuestionarlo.

Lo que ahí queda representado es un hombre de un tiempo, en su contexto, tan racista como los que eran racistas, y eran muchos, en la metrópoli y en ultramar.

Y como lo son, aún hoy, aquí. Retornados o no.

A lo largo de estos años he asumido la misión de proteger al personaje de mi padre de la fácil y tentadora demonización que sobre él puede proyectarse.

Pero me he dado cuenta de que estoy cansada de hacerlo. He comprendido que no puedo controlar todo lo que sobre él se dice y se seguirá diciendo. Mi padre existió y existe también el personaje. Me quedo con el primero.

El *Cuaderno* existe por él y para él. Es una de las lecciones que he aprendido, y esta obra es la carta que he querido dejarle.

Quiero creer que al mandarme a Portugal en 1975, al lugar donde nació y del que se fue con la intención de no regresar, mi padre delegó en esta tierra, para mí desconocida, la capacidad y el poder de salvarme.

Me queda amar con exigencia y desesperanza la tierra negra a la cual me confié.

En ella busco el mapa del tesoro que aquí dejó escondido y que un día encontraré.

Cuaderno de memorias coloniales

A mi padre

Cada vez que abría un cajón o metía la cabeza en uno de sus armarios, me sentía como un intruso, un ladrón saqueando los lugares secretos de la mente de un hombre. Tenía la sensación de que mi padre entraría en cualquier momento, me miraría con incredulidad y me preguntaría qué demonios estaba haciendo. No parecía justo que no pudiera protestar; yo no tenía derecho a invadir su vida privada.

PAUL AUSTER, *La invención de la soledad*

La memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz.

[...]

Los recuerdos que en nosotros yacen no están grabados sobre piedra; no solo tienden a borrarse con los años, sino que, con frecuencia, se modifican o incluso aumentan literalmente, incorporando facetas extrañas.

PRIMO LEVI, *Los hundidos y los salvados*

Lourenço Marques, Alto Maé, 1960

Dijo alto, con voz fuerte y jovial, muy cerca de mi cabeza:

—¡Hola!

Era un hola grande, impositivo, al cual me sería imposible no responder. Reconocí su voz, y aún en el sueño, pensé: no puedes ser tú; tú ya estás muerto.

Y abrí los ojos.

1

Manuel dejó su corazón en África. También conozco a quien dejó allí dos coches, un vehículo todoterreno y una camioneta, además de una furgoneta, dos casas, tres fincas y la cuenta en el Banco Nacional Ultramarino, ya convertida a meticales^[3].

¿Quién no fue dejando en cualquier sitio sus muchos corazones?

2

Los blancos buscaban a las negras. Las negras eran todas iguales y ellos no distinguían a Madalena Xinguile de Emília Cachamba, a no ser por el color de la *capulana*^[4] o por la forma de la teta, pero los blancos se metían hasta el fondo de los chamizos, sabiendo adónde iban o no, buscando el coño de las negras. Eran unos aventureros. Incansables.

Las negras tenían el coño grande, decían las mujeres de los blancos, las tardes de los domingos, en la tertulia íntima bajo el enorme anacardo donde se reunían todas, con la barriga hinchada de los langostinos a la brasa, mientras los maridos salían a dar su vuelta de hombres y las dejaban para que desoxidaran la lengua, porque las mujeres necesitan soltar la lengua unas con otras. Las negras tenían el coño grande, pero ellas decían las partes bajas o las vergüenzas o el asunto. Las negras tenían el coño grande y esa era la explicación de que pariesen como lo hacían, agachadas, mirando al suelo, en cualquier sitio, como los animales. Su coño era grande. El de las blancas no, el suyo era estrecho, porque las blancas no eran unas perras fáciles, porque el coño sagrado de las blancas solo lo conocía el marido, y poco, y con dificultad; eran muy estrechas, por tanto muy serias, y convenía que unas tuviesen muy claro esto de las otras. Las blancas se limitaban al cumplimiento de sus obligaciones matrimoniales, siempre de modo sacrificado, por lo que la fornicación era dolorosa, y evitable, y por eso los blancos buscaban el coño de las negras. Las negras no eran serias, las negras tenían el coño grande, las negras gemían